

Ecografía de una gestación: el concepto *literatura* en la incipiente esfera literaria chilena

Por José Agustín PASTÉN*

HACE YA ALGÚN TIEMPO se viene advirtiendo en el continente la pérdida del capital simbólico de la literatura en la era de la supremacía de las industrias del entretenimiento.¹ Efectivamente, da la impresión que la literatura fuera perdiendo terreno en relación con el cine, los videos, los DVD, la Internet y otras formas de diversión, aun cuando pareciera que merced a los avances tecnológicos se publica cada vez más y el número de concursos y premios literarios en América Latina esté en aumento (¿acto defensivo de desesperación que reclama la subjetividad en el maremágnum de la globalización?). En gran medida, esta supuesta “muerte de la literatura”, devorada por el imperio de la cultura de masas, ilustra claramente que el proceso de gestación de la institución literaria, que conducirá finalmente a la institucionalización de la literatura en el continente, se ha completado. Es decir, la llamada marginación de la literatura es tal vez la prueba más contundente de que ésta se ha separado ya de los demás saberes, ora ateniéndonos a los criterios de

* University of Nebraska-Lincoln. E-mail: <apastentl@unlnotes.unl.edu>.

¹ Apoyándose en los juicios de Ángel Rama de que el proceso de profesionalización del escritor latinoamericano culmina recién con el *boom* (Rama 1982: 293-296), Idelber Avelar pareciera estar refiriéndose a los primeros síntomas del declive de la literatura cuando señala que es justamente con la autonomización de la literatura representada por el *boom* que paradójicamente se produce “la pérdida de la cualidad aurática de lo literario” (1999: 29. La traducción me pertenece). Francine Masiello (2001), por su parte, hace referencia al desfallecimiento de la literatura producto del predominio de la cultura audiovisual George Yúdice se refiere a la “crisis del libro” en el mundo entero (2001: 651), estableciendo una posible relación entre este fenómeno y una especie de neocolonización de las industrias culturales, incluyendo la editorial, por parte de conglomerados trasnacionales en América Latina. Gisela Kozak Rovero, haciendo hincapié en “la crisis del paradigma de lo literario en el siglo XXI” (2001: 688), se pregunta, “¿A dónde va la literatura?” Finalmente, Sara Castro Klárén describe así la pérdida del capital simbólico de la literatura: “Puesto que el vínculo entre los estudios literarios y la formación del ciudadano se ha roto, la literatura ha perdido el puesto privilegiado que una vez tuvo. Ahora constituye un campo más. El canon ha perdido su carácter sagrado y ha comenzado a funcionar como una de muchas maneras de delimitación del campo. La literatura es ahora un archivo donde se guarda todo tipo de textos que ocupan más o menos el mismo lugar. Ya no es el museo (selectivo) donde en algún momento se almacenaban los tesoros de la nación” (2002: 264. La traducción me pertenece). Sobre el mismo tema consúltese también el excelente artículo de Celeste Olalquiaga, “Vigencia y caducidad del libro: reflexiones de una lectora errática” (2001).

Julio Ramos (1989) de que su autonomía se cristaliza hacia los últimos lustros del siglo diecinueve, ora a los de Ángel Rama de que la literatura latinoamericana alcanza su periodo de madurez con el *boom*.

Sea como fuere, aquí no se busca responder en qué momento exactamente se independizó la literatura en el continente, si con el *boom* o a fines del siglo XIX, ni tampoco examinar la manera en la cual ésta ha ido cediendo su hegemonía a nuevas manifestaciones culturales.² Este ensayo busca más bien escudriñar la génesis del concepto, su función en el discurso sobre la formación de la nación en América Latina, el proceso mediante el cual la literatura fue desligándose de otros tipos discursivos en la República de las Letras. Aunque esta idea no es nueva,³ hasta la fecha no existe un estudio que examine más a fondo el término. Por otro lado, la mayoría de los dictámenes críticos sobre el papel de la literatura en el siglo XIX latinoamericano se basan con frecuencia en las páginas de los mismos escritores, la mayor parte ahora canónicos, sin tomar en cuenta juicios ancilares anónimos igualmente significativos como los vertidos en cientos de prospectos de la prensa literaria decimonónica. Por la capital importancia que tiene dicha prensa en el proceso de institucionalización de la esfera literaria en el continente, es necesario que de la misma forma que existe hoy un interés por lo que bien pudiera denominarse la intrahistoria de lo literario, el contexto aledaño aunque no menos importante del texto,⁴ se examinen con detenimiento los juicios, llamados y controversias que en el siglo XIX intentaban construir la institución literaria. Este estudio analiza específicamente el desarrollo del vocablo *literatura* en la prensa literaria decimonónica y enfoca su atención en Chile debido a la gran cantidad

² Es más, tal vez el proceso mismo de institucionalización de la literatura, así como la profesionalización de ciertos escritores, sean fenómenos siempre incompletos en América Latina, como la modernidad.

³ Véase el estudio clave de Ramos al respecto. Examinense asimismo *Rubén Darío y el modernismo*, de Rama; *Modernismo*, de Rafael Gutiérrez Girardot; y *La historiografía literaria del liberalismo hispanoamericano del siglo XIX*, de Beatriz González Stephan. Sobre la función y la evolución del concepto literatura en el proceso de institucionalización de la esfera literaria en un contexto más amplio, resultan inmensamente útiles *Building a national literature*, de Peter Uwe Hohendahl, y *Belated modernity and aesthetic culture inventing national literature*, de Gregory Jusdanis. Así también el ensayo de Roland Barthes, "History or Literature?"; y los textos de Pierre Bourdieu, *Racine, the rules of art Genesis and structure of the literary field*; de Peter Bürger, *Theory of the Avant-Garde y The institutions of art*; de Jürgen Habermas, *The structural transformation of the public sphere*; y de Raymond Williams, *Marxism and literature*.

⁴ Consúltense, por ejemplo, los artículos de Alejandro Herrero-Olaizola (2000 y 2001). También el estudio de Danny J. Anderson (1996), así como la edición especial de *Revista iberoamericana*, núm. 197 (2001), dedicada a "Mercado, editoriales y difusión de discursos culturales en América Latina".

de órganos literarios que se publicaron en aquel país el siglo antepasado.⁵ Si al referirse al cada día más leído y recientemente fallecido⁶ novelista chileno Roberto Bolaño un comentarista puede aseverar con confianza que “su única patria son las letras” (Bisama), y si con relación a la célebre antología del cuento hispanoamericano contemporáneo *McOndo*, de los chilenos Alberto Fuguet y Sergio Gómez, empieza a hablarse ya de “la generación McOndo” (Fuguet, Rodrigo Fresán, Jaime Bayly), es sin duda porque en Chile el escritor hace ya tiempo que dejó de utilizar la literatura para construir la patria.⁷ En la era de la soberanía imperial, en la que la política cumple una función mínima, a menudo la literatura da cuenta más bien de la disolución de la patria⁸ y el aparente “triumfo” del neoliberalismo en América Latina.⁹ Pero en el siglo XIX las letras, y

⁵ En Chile aparecieron aproximadamente unos cincuenta periódicos literarios en el transcurso del siglo XIX; algunos fueron de muy corta duración, mientras que otros duraron varios años. Unos fueron fundados por intelectuales renombrados tales como Alberdi, Sarmiento y Lastarria; otros por letrados que no dejaron huella en la literatura de Hispanoamérica. Las fuentes primarias para esta investigación provienen de la lista de periódicos incluidos en Vilches y las cuales consulté ampliamente en la Biblioteca Nacional de Chile. Por sus características, esta clase de periódicos formaría parte de la “prensa cultural, científica y literaria” del cuadro taxonómico sobre la prensa decimonónica chilena de Carlos Ossandón (1998), si bien con frecuencia muestran rasgos de “la prensa política y de barricada”, “la prensa doctrinaria”, “la prensa comercial e informativa”, “la prensa estratega y fundadora” y “la prensa racionante e informativa”. Léase el primer capítulo del estudio de Ossandón, “Modos de validación del texto periodístico en el siglo XIX: de la ‘fundación’ al ‘raciocinio’” (pp. 23-47), para un análisis detallado de cada una de estas categorías. Para una visión global de las nuevas formas discursivas que emergen en América Latina en el siglo XIX y las cuales transforman de modo radical la comprensión que se tenía hasta entonces de la vida cotidiana, en particular el significativo papel que desempeñó la prensa diaria, consúltense el artículo de Roig (1986) y también el capítulo “*Límites de la autonomía periodismo y literatura*”, del libro de Ramos (1989: 82-111).

⁶ Muere el 15 de julio de 2003 en España.

⁷ Lo cual no necesariamente impide que de vez en cuando se establezca un contacto entre escritor y Estado. Durante la presidencia del socialista Ricardo Lagos (2000), por ejemplo, se han invertido millones de pesos no sólo en las anuales “fiestas de la cultura”, sino también en la organización de encuentros nacionales e internacionales de poesía así como en programas de lectura y difusión del libro.

⁸ El título de una colección de ensayos publicada recientemente en Chile, se preguntaba, en efecto, *¿Hay patria que defender?* (2000)

⁹ Proceso que en Chile comienza no con la transición a la democracia sino más bien desde los primeros días de la dictadura de Pinochet, como acertadamente nos recuerda Avelar (1999). Al respecto léanse principalmente los dos primeros capítulos de su estudio, “*Oedipus in Post-Auratic Times*” (pp. 22-38) y “*The genealogy of a defeat*” (pp. 39-85). La desastrosa situación económica argentina, los perennes conflictos entre las mayorías pobres y las minorías ricas en Perú, Bolivia, Guatemala y otros países, los recientes intentos de desestabilización del gobierno de Chávez en Venezuela y la elección de un gasfitero a la presidencia de Brasil, son claros indicios de que las políticas neoliberales no han sido exitosas en América Latina

la literatura en particular, eran las encargadas de darle forma a la patria, de delinear sus costumbres y de inventar su tradición literaria. Como se verá en este trabajo, en el proceso de institucionalización de la literatura chilena operan simultáneamente dos concepciones de lo literario: aquella que concibe la literatura como el medio más efectivo para la construcción de la nación y la que la entiende como fuente de ocio y placer.

Antes de analizar el concepto *literatura* en las revistas literarias decimonónicas chilenas, no obstante, es necesario primero ofrecer una muy breve historia del término en el marco de las diversas formaciones discursivas de las cuales formaba parte originalmente.¹⁰ Como habría de esperarse, éste no es un vocablo que haya existido siempre. Al igual que “ideología”, “familia”, “arte” y conceptos análogos, lo que se entienda por literatura estará en directa relación no sólo con el tiempo y los valores de una determinada época sino con las reglas y los parámetros que el circuito académico establezca para definirla. En otras palabras, la literatura no siempre ha sido sinónimo de imaginación, entretenimiento, ficción y escape, como lo es actualmente para quienes tienen acceso a ella; o como indica Alvin Kernan, aun cuando siempre ha habido historias, no siempre ha habido literatura (1973: 31). El significado moderno del término se origina primero en Francia y luego en Inglaterra entre fines del siglo xvii y mediados del siglo xviii y se consolida en el siglo xix.¹¹ Antes de este periodo, es decir, a fines de la Edad Media y durante el Renacimiento, *literatura* era una categoría que se había independizado de la retórica y la gramática y tenía que ver con la capacidad de leer y aprender, capacidad que adquiere gran importancia con la invención de la imprenta. De esta forma, los hombres de letras o literatura, los *literati* —hombres racionales, sensibles, virtuosos, con suficiente dinero y tiempo libre para dedicarse a las letras—eran aquellos individuos altamente educados que tenían acceso a los libros. Sin embargo, desde mediados del siglo xviii aproximadamente, el concepto literatura empieza a incluir también a quienes escriben. Asimismo, viene a convertirse en sinónimo de producción intelectual y cultural en general, incluyendo dentro de su rótulo la historia, el ensayo, la filosofía, la poesía y todo lo que comprendían las tradicionales *humanitates*. En las últimas décadas

¹⁰ Por su gran complejidad, obviamente no es posible brindar aquí un análisis profundo del concepto literatura. Sin embargo Williams provee dos concienzudas definiciones del mismo (1977: 45-54; 1983: 183-188).

¹¹ Para una visión detallada del nacimiento de la esfera pública en la cual se establecerán los *Tischgesellschaften*, *salons* y *coffee houses* desde donde se irá elaborando la categoría moderna de literatura, véase el libro de Habermas (1991), en especial las pp. 27-56

del Siglo de las Luces, producto de circunstancias no solamente sociales y culturales sino a la vez políticas, empieza a cobrar fuerza una idea que tiene su génesis en Alemania en 1770 y que es verdaderamente significativa: la noción de una literatura nacional. En respuesta a fenómenos tales como la despersonalización provocada por la Revolución Industrial, el capitalismo incipiente y la modernización en los países europeos más pujantes, emerge la idea de que cada nación es única y por ende ha de tener una *literatura* propia que sólo los poetas estarían en condiciones de producir. La literatura sería así el reflejo del espíritu de la nación. Paulatinamente, comienzan a gestarse dos procesos más o menos simultáneos que culminarán en su autonomización. Por un lado, en la balanza del tópico del *utile et dulce* que había caracterizado a la poética neoclásica, lo *dulce* deja atrás a lo *utile*. Por otro, la literatura empieza a separarse de otros tipos de escritura. Ya en el siglo XIX en Francia, Inglaterra, Alemania y posiblemente en Italia, los criterios que definen lo literario no son los mismos de antes. Ahora las obras literarias son aquellas en las que abunda la imaginación, lo creativo, lo estético y las que menos alusión hacen a referentes externos. La literatura ha perdido, de este modo, su función práctica.¹²

En América Latina ocurre todo lo contrario en el siglo XIX. Como se sabe, en este siglo la literatura desempeña una función muy clara: edificar la nación. Ésta es una tarea que comienza con la creación de las “comunidades imaginadas”¹³ que formarán parte del continente y termina recién en el siglo XX. Pero el proceso de institucionalización de la literatura que conduce a la autonomización de la esfera literaria —y que tiene que ver, entre otras cosas, con el nacimiento de la burguesía, la creación de una industria editorial, la existencia de un público lector y el surgimiento del mercado literario— constituye en América Latina un desarrollo mucho menos predecible y más desigual que en Europa.¹⁴

¹² En la elaboración de este resumen han resultado inmensamente útiles los estudios de Williams (1977 y 1983), así como Jusdanis (1991), Reiss (1992), Kernan (1973), Todorov (1973) y Butler (1973). Examinense asimismo la edición especial de la revista *New Literary History* sobre el tema (núm. 1, 1973).

¹³ Esta expresión viene del conocido estudio de Benedict Anderson sobre el nacionalismo (Anderson 1983).

¹⁴ En efecto, el caso de la institucionalización de la literatura en Grecia, que Jusdanis elabora muy inteligentemente en su estudio, es bastante más parecido al latinoamericano que al alemán que Hohendahl desarrolla en su libro (1989). Salvando las diferencias, la similitud, como era de esperarse, tiene que ver con el grado desigual de modernización de uno y otro lugar. Lo mismo que los países de América Latina, Grecia ha sido tradicionalmente un país periférico en relación con los países europeos económica y tecnológicamente más avanzados. Tocante al patente grado de ansiedad que produjo el deseo de modernizar las repúblicas entre los intelectuales decimonónicos, examínense los primeros cinco capítulos de Alonso (1998).

En Chile en particular la institución literaria no alcanza un cierto grado de autonomía sino hasta principios del siglo pasado.¹⁵ Es un proceso que a juicio de la mayoría de los críticos tiene sus inicios en 1842 con la lectura de un discurso de José Victorino Lastarria en el cual pide la creación de la literatura chilena. Este discurso no constituye, en mi opinión, la institucionalización de la literatura nacional (Subercaseaux 1981: 62) aunque sí podría afirmarse que los hombres de 1842 anhelaban “la emancipación intelectual de Chile” (Rossel 1942: 202) y sus esfuerzos representaban indudablemente un “proyecto para una cultura nacional” (Jocelyn-Holt 1986: 73).

Fundamentalmente desde 1842 en adelante, abundarán en las letras decimonónicas chilenas los intentos de elaboración de conceptos clave para la formación de la institución literaria. Salvo unas cuantas excepciones,¹⁶ éstos no serán metódicos ni rigurosos. En su mayoría,

¹⁵ Sobre las diversas caras de dicho proceso y las evidentes contradicciones que se gestaron en el seno mismo de la ciudad letrada chilena en su afán por crear una literatura nacional, consúltese mi artículo, “Avatares del proceso de la institucionalización de la literatura en Chile en las revistas literarias del siglo XIX”, *Revista Iberoamericana*, núm. 204 (2003). En cuanto a los rasgos de los miembros de esta ciudad letrada, así como a las polémicas culturales y políticas que se produjeron en Chile durante el siglo XIX y la evolución de la opinión pública, véase Ana María Stüven V. 2000, en especial los capítulos “Los actores y su contexto: la opinión pública en escena” (pp. 61-93) y “Literatura y libertad: el romanticismo” (pp. 195-219). Léanse también los tres importantes libros de Bernardo Subercaseaux: *Cultura y sociedad liberal en el siglo XIX*, sobre la valiosísima labor de José Victorino Lastarria en la creación del campo literario chileno; *Fin de siglo*, que centra su atención en los primeros síntomas de la institucionalización de la cultura en Chile; e *Historia del libro en Chile*, el cual ofrece un completísimo compendio de las instituciones sociales que mediarían entre las obras y el público lector (casas editoriales, librerías etc.). Para una síntesis clara y coherente del proceso de profesionalización del escritor y la literatura en Chile, examínese el ensayo de Gonzalo Catalán, “Antecedentes sobre la transformación del campo literario en Chile entre 1890 y 1920” (en Brunner y Catalán 1985: 69-175). Finalmente, sobre una historia de la literatura chilena que se aparta de los juicios de historias de literatura tradicionales, a la vez que amplía el campo literario en Chile en el siglo XIX, especialmente en la narrativa, estúdiense los dos volúmenes de *La narrativa chilena desde la Independencia hasta la Guerra del Pacífico*, de Carlos Foresti, Eva Löfquist y Álvaro Foresti 1999.

¹⁶ Por ejemplo el mismo discurso de Lastarria arriba mencionado (versión moderna en Promis Ojeda 1995: 80-93). Pero también “Literatura. Primer artículo” (*El semanario de Santiago* [1842], sin nombre de autor); “Literatura nacional” (*El mosaico* [1846], sin nombre de autor); “El teatro considerado como especulación mercantil” (*El mosaico* [1846], sin nombre de autor); “Causas de la poca originalidad de la literatura chilena” *Revista de Santiago* [1848]) y “Consideraciones generales sobre la poesía chilena” (*Revista de Santiago* [1848], los dos de Joaquín Blest Gana); “De los trabajos literarios en Chile” (*La semana* [1859]) y “Literatura chilena: algunas consideraciones sobre ella” (*Anales de la Universidad de Chile* [1861], ambos de Alberto Blest Gana); “De la literatura chilena: (su nacionalidad)” (*La semana* [1859], de D. Demetrio Rodríguez Peña); “Estudios sobre el periodismo y la literatura nacional” (*El mosaico* [1860], de Manuel Blanco Cuartín); “Algo sobre el teatro” (*Revista de Sud América* [1860], sin nombre de autor); “El periodismo

aparecerán desparramados en los prospectos y “advertencias al lector” de las revistas así como a menudo en artículos apenas relacionados con la literatura. Por otro lado, la conceptualización misma de la noción de literatura se confundirá en repetidas ocasiones con categorías más amplias, tales como “bellas letras” o “bellas artes”, o con la idea del “buen gusto” o incluso las “ciencias”. Precisamente por encontrarse la institución literaria en un proceso de gestación, este estudio examinará diversas caras de “lo literario”: *a)* la génesis del vocablo *literatura* en primer lugar; *b)* las múltiples connotaciones que éste adquiere en las revistas decimonónicas chilenas; *c)* los cambios de los títulos de los periódicos de la época como reflejo directo de la transformación que se va operando en la conceptualización de lo literario; *d)* el distanciamiento gradual entre el campo literario y la esfera política; *e)* el papel de la novela; y *f)* la relación necesaria entre literatura y “buen gusto”.

Una de las connotaciones predominantes de la palabra *literatura*, como habría de esperarse, es aquella que se refiere a la relación con el conocimiento y las letras en general. Este concepto “civil” de la literatura, al decir de Ramos (1989: 24), tiene mucho sentido cuando se piensa que aun en Chile, donde el Estado había creado muy tempranamente instituciones que garantizaran cierta estabilidad social y política,¹⁷ la brecha que separaba a la ciudad letrada de la ciudad real era verdaderamente inmensa.¹⁸ Por eso es que no sorprenden en las revistas literarias

político y literario” (*La juventud* [1867], sin nombre de autor): “Utilidad de los periódicos literarios” (*Revista de Valparaíso* [1873], de E. Mercasseau Morán): “El deber de la literatura en nuestra época” (*Revista chilena* [1877], discurso pronunciado por Juan Enrique Lagarrigue); “Consecuencias del indiferentismo literario” (*La revista literaria* [1878], de Francisco A. Pinto): “A propósito de ‘las pláticas literarias’ de don Pedro N. Cruz, el naturalismo y la novela contemporánea” (*Revista de bellas artes* [1889], de Luis Orrego Luco); y “El ideal de un editor de revistas” (*La lectura* [1883], de Benjamín Vicuña Mackenna)

¹⁷ La creación de éstas tuvo sus costos humanos, desde luego, en especial durante la década 1830-1840, período que marca “la institucionalización del autoritarismo” según Fernando Silva V. (en Villalobos *et al.* 1974: 527) y cuya máxima figura fue Diego Portales, una especie de protoPinochet para quien el orden y el respeto ciego a la autoridad constituían los supremos baluartes de la República

¹⁸ Mientras la mayor parte de los miembros de la ciudad letrada, conformada por una clase dirigente minúscula, fundaba periódicos, aprendía lenguas extranjeras, viajaba a Europa, desempeñaba cargos públicos importantes, manejaba empresas, leía, estudiaba y asistía a las funciones de ópera del Teatro Municipal, la mayoría de los miembros de la ciudad real trabajaba en los campos y en las minas y escasamente le alcanzaba el dinero para vivir. Incluso cuando se produce la paulatina “descampenización” del campo hacia fines del siglo XIX y el “bajo pueblo” se ve obligado a trasladarse a la ciudad, multiplicándose así los barrios obreros y conventillos, la brecha entre la ciudad letrada y la ciudad real sigue siendo ancha, a pesar de que se haya angostado un poco. Para una radiografía de la ciudad real chilena, su cultura, sus trabajos, sus sueldos y sus relaciones con la élite dirigente, consúltese el admirable estudio de Salazar (1985)

decimonónicas los insistentes llamados de parte de la intelectualidad crítica a educar y “civilizar” al país.¹⁹ *Literatura*, así, ha de entenderse en su acepción más amplia, a saber, como la capacidad de aprender, leer y adquirir los conocimientos históricos y filosóficos necesarios para la confección de una nación moderna. La ciudad letrada chilena anhelaba la conversión de cada uno de sus ciudadanos en literatos hechos y derechos. Ésa, al menos, era la meta de una clase ilustrada cuya retórica seguramente no incluía ni a mujeres²⁰ ni a mestizos ni a indígenas.

En el primer número de *El semanario de Santiago* (1842), por ejemplo, la literatura, entendida como “saber”, “estudio”, “ilustración” y “entendimiento”, se presenta como la única forma de completar y sobre todo afianzar “el monumento de nacionalidad” erigido por los “padres de la revolución” (“Literatura”, pp. 4-5). No resulta asombroso, por lo mismo, que al mes siguiente, en “Una indicación al Sr. Ministro de instrucción pública”, la revista se queje de que ni la Biblioteca Nacional ni las librerías de Santiago vendan libros de reciente aparición: “Parece que estuviéramos segregados de la comunión literaria de los pueblos cultos” (p. 44), dicen. Diego Barros Arana, por su parte, haciendo eco de un lugar común de la época, a saber, que a los adelantos materiales del país (el “ferrocarril” y el “alambre eléctrico” en este caso) correspondía el progreso cultural, homologa materias tales como “matemáticas”, “ciencias”, “filosofía”, “derecho” y otras, a “letras” en general; al referirse al avance de éstas en Chile, señala: “Las letras han avanzado, pues, en todos los ramos que son de su dominio” (1853: 228). Una de las definiciones de literatura más clara la ofrece Rodríguez Peña en 1859 en *La semana*:

¹⁹ En gran medida, por supuesto, “civilizar” quería decir fundamentalmente “europeizar”. Mucho les pesaba a los patricios modernizadores chilenos que Chile no fuera como Europa. Y si por un lado se dejan escuchar críticas contra la imitación servil de escritores franceses y españoles de parte de autores chilenos (en los discursos y ensayos de Lastarria, Joaquín Blest Gana [“Causas”], Amunátegui, Alberto Blest Gana [“Literatura”] y Sanfuro), por el otro se erige a Europa como el único modelo viable para el progreso y la modernización. Chile no tuvo un Sarmiento que llevara a cabo de modo tan sistemático este proyecto. Pero no cabe duda que parte de la europeización y el blanqueamiento que tanto anhelaba para Argentina tuvo su equivalente en Chile no sólo en las durísimas guerras que libró el Estado contra la población indígena hasta bien avanzado el siglo XIX sino también en sus constantes esfuerzos por poblar el sur chileno con inmigrantes alemanes.

²⁰ No obstante algunas excepciones, claro. Si bien es cierto que en las revistas literarias del siglo XIX brillan por su ausencia las mujeres, no es menos cierto que se las invita constantemente a contribuir con sus poemas y escritos (por ejemplo en “Prospecto”, *El alba*, núm. 1 (1871: 3) y “Prospecto”, *El crepúsculo*, t. 1, tomo 1 (1878: iv). Una de las mujeres más célebres de la época es Rosario Orrego de Uribe, directora y fundadora de la segunda etapa de la *Revista de Valparaíso* (1873).

La literatura según la concibe mi espíritu y según la considero como base de este estudio, comprende todas las artes y las ciencias lo mismo que todas las obras y producciones que tienen por objeto la vida y el hombre mismo, pero que sin tener por fin ningún acto exterior, no obran más que por el pensamiento y el lenguaje, y sólo se manifiestan con el auxilio de la palabra hablada o escrita (p. 372).

La literatura tenía claramente una función. No es un accidente que Lagarrigue titule “El deber de la literatura en nuestra época” al discurso que pronunció en la Academia de Bellas Letras el 27 de mayo de 1877, ni tampoco que Pedro Pablo Figueroa, todavía en 1896, maneje un concepto sumamente amplio de literatura (1896: 70-76). Sin embargo, así como puede hablarse de la “modernización *desigual* del sujeto literario” decimonónico (Ramos 1989: 23) y de la modernización desigual en general en América Latina, y si frecuentemente es posible encontrar rasgos románticos, realistas e inclusive modernistas en un mismo autor de fines del siglo XIX, también es verdad que este concepto *civil* de la literatura compite con otros conceptos. En un momento en que no se consolida aún la institución literaria, la literatura se presenta a veces, más que como un vehículo de ilustración, como un instrumento para la distracción y la purificación de los ciudadanos; de allí que con tanta frecuencia se equipare literatura a “bellas letras” o “bella literatura”.²¹ Al hacer referencia a la formación intelectual de Francisco Bello (hijo de Andrés Bello) en su discurso de incorporación a la Facultad de Leyes de la Universidad de Chile en 1853, Antonio García Reyes destaca el hecho de que “la literatura templaba con sus encantos la aridez de [sus] estudios [más prácticos]” (1853: 9). El mismo Lastarria, en un artículo de 1836 (“Sobre el estudio de la literatura y de la gramática castellana”), definía la literatura como “la ciencia que hace dulce la vida y que hace al hombre capaz de vivir en sociedad” (en Subercaseaux 1981: 31). *El alegre* (1846-1847), un periódico cuyos escritos provienen de España en su mayor parte, tiene una sección que se titula “Amenaliteratura”. La noción de literatura como ocio (aunque gradualmente como oficio para algunos, no hay que olvidar) es evidente también en una reseña que escribe Miguel Luis Amunátegui sobre un libro de Salvador Sanfuentes, uno de los poetas (y políticos) más destacados de la época. En ella alaba a Sanfuentes porque a pesar de encontrarse inmensamente ocupado en “los negocios del Estado”, consagra parte del día a la literatura (1849: 316). El editor de *El mosaico* (1860), por su parte, haciendo patente el creciente estrecho lazo entre

²¹ Lo que para Ramos es sinónimo de “saber decir” (1989: 22) y para Eagleton, en la tradición inglesa, constituyen las “polite letters” (1984: 8).

literatura y mercado (pues sólo podrán publicar en ella quienes estén en condiciones de pagar), anuncia su revista como el lugar de “entretenimiento semanal” para los jóvenes que recién se inician en las letras (Nuñez 1860: 1). En la medida en que el campo literario va independizándose del campo político y social, las “bellas letras” o literatura²² van asociándose cada vez más con el pasatiempo; ya no se trata sólo de construir la ciudadanía sino de divertir a los ciudadanos. Así lo creen, por ejemplo, los fundadores de *Biblioteca republicana* (1894), quienes señalan que en su revista se dará lugar “preferentemente a las bellas letras, para deleitar el espíritu de la sociabilidad popular” (“Nuestras revistas” 1894: 3).²³

En realidad, casi desde el instante mismo en que se pone sobre el tapete la existencia de la literatura en Chile, es decir, desde que se plantea su utilidad para la formación de la nación, surgen intentos de mantenerla al margen de las cuestiones del día. Estos intentos, como cabría suponer, se hacen más y más frecuentes en los últimos decenios del siglo XIX. El paulatino avance hacia la autonomía de la institución literaria se refleja asimismo en los títulos de los periódicos que se publican. Entre la década de 1840 y las primeras décadas de la segunda mitad del siglo, algunos de éstos se definen como periódicos “literarios y científicos”;²⁴ otros se definen como órganos “de ciencias, literatura y bellas artes”;²⁵ mientras que otros, acaso la mayoría, como periódicos “de ciencias, de noticias, de costumbres, de literatura, de bellas artes, de comercio y de política”.²⁶ Únicamente a partir de la segunda mitad del

²² Aunque concuerdo con Rama en que el concepto de literatura viene a sustituir al de bellas letras hacia fines del siglo XIX (1984:90), no me parece que aun en esta época deje de incluirse a la literatura dentro de la categoría más amplia de “bellas letras”, en especial cuando esta última empieza a aparecer cada vez más al lado de “bellas artes” y menos junto a “ciencias”, como en la definición de Rodríguez Peña citada arriba. Lo que quiero decir, en otras palabras, es que aun cuando es innegable que el vocablo *literatura* se consolida entre la última década del siglo antepasado y la primera década del siglo XX, el proceso mismo de su consolidación tiene su génesis en 1842. Desde ese año en adelante, en el centro de un discurso que concibe la literatura como arma cívica para inculcar los valores (liberales) de la nación, brota una concepción esteticista del objeto literario que busca ganar terreno, como se verá en este estudio más adelante.

²³ No ha de sorprender, por otro lado, que líneas más adelante se afirme que en la revista se dará “cabida constante a los estudios del orden moral y social que conmueven al orden culto” (p. 3), lo cual confirma, una vez más, que inclusive cuando la literatura empezaba a autonomizarse, todavía se la concebía como el instrumento para la educación del pueblo.

²⁴ *El crepúsculo* (1843-1844), *Revista de Santiago* (1848), *El museo* (1853), *Revista de ciencias y letras* (1857), *Sud-América* (1873).

²⁵ *El mosaico* (1846), *Revista americana* (1869), *Revista de Santiago* (1872), *Revista de Valparaíso* (1873).

²⁶ *La sílfide* (1850), *Sud-América* (1851), *El correo literario* (1858), *La semana* (1859), *El mosaico* (1860), *El correo del domingo* (1862), *El pueblo* (1867), *La linterna* (1867), *La estrella del progreso* (1876).

siglo XIX, aproximadamente, empiezan a aparecer revistas que se conciben a sí mismas como estrictamente literarias.²⁷ Y es por esta fecha, además, que el adjetivo “literario” pasa a formar parte del título mismo de una serie de revistas: *La revista literaria* (1878), *El eco literario* (1888), *El año literario* (1894), *Revista literaria* (1895). Lo que sucede principalmente en la segunda mitad del siglo XIX, entonces, es que se va produciendo gradualmente la separación de un pequeño grupo en la ciudad letrada que piensa que la literatura tiene rasgos propios que la diferencian no sólo de las ciencias sino del conocimiento en general y especialmente de la política.²⁸ Tiene razón Eagleton cuando asevera que “en lo literario desaparece y se disuelve lo político para transformarse luego en bellas letras” (1984: 8).²⁹ En Chile, al menos, este proceso se acrecienta con fuerza particularmente con la llegada de Rubén Darío y la publicación de *Azul* en 1888. No resulta sorprendente, por tanto, que entre 1886 y 1900 se lleve a cabo la profesionalización creciente de las prácticas literarias en el país (Subercaseaux 1988: 11-12).

Pero como se dijo anteriormente, en la década del cuarenta existe ya la voluntad de ciertos literatos de mantenerse alejados de la política. Los mismos miembros de *El semanario de Santiago* (1842), cuya revista no cumpliría otro fin que “propend[er] al bien jeneral” (“Prospecto”, p. 1), subrayan en un artículo posterior que ellos no pertenecen a ningún partido político (“Política”, p. 194). Los de *El crepúsculo* (1843-1844), por su parte, les aseguran a sus suscriptores que la mayoría de los ensayos que se publiquen en la revista serán “literarios” y que ésta “no representa interés alguno” (“Prospecto”, p. 2). Los fundadores de *El mosaico* (1846) señalan que éste incluirá de todo en sus páginas menos “política nacional” (“Prospecto”, p. 1). Los de *Revista de Santiago* (1848) son más ambiguos: “La política y la administración pública no entran en nuestro programa sino como ciencias y sólo en cuanto nos sea dable examinar a la luz de sus principios los hechos existentes” (“Prospecto”, p. 8). Lo interesante de este esfuerzo por no mezclar lo literario y lo político es que coincide con el

²⁷ Verbigracia, *La juventud* (1867), *El alba* (1871), *La esperanza* (1871) y *El crepúsculo* (1878).

²⁸ Lo curioso de esto es que gran parte de los escritores de la época tenían cargos políticos. De los 36 escritores que menciona Eduardo Solar Correa en su *Escritores de Chile siglo XIX*, 19 eran parlamentarios, 12 eran ministros o intendentes y 13 eran diplomáticos. Y de los poetas a los que alude Raúl Silva Castro en su *Antología de poetas chilenos del siglo XIX*, 18 desempeñaron un papel crucial en el aparato estatal, 8 tuvieron cargos de ministro, subsecretario o intendente y 9 representaron a Chile en el exterior.

²⁹ La traducción me pertenece.

momento en que la literatura se ve como la más adecuada de las “bellas artes” en el proceso de conceptualización de la ciudadanía chilena. Ahora bien, querer aislar la esfera literaria de la esfera política, aun cuando no existen todavía ni la industria editorial ni el mercado literario, ¿no constituye tal vez la mejor forma de transmitir los valores de chilenidad? ¿Qué mejor manera de formar las conciencias de los individuos que a través de historias, poemas y obras de teatro? Es decir, no literatura comprometida sino literatura como compensación. Ello explica hasta cierto punto que sean más y más abundantes en la segunda mitad del siglo XIX los deseos de no mezclar literatura y política en las revistas literarias. Los fundadores de *El museo* (1853), por ejemplo, dicen que aludirán a la política sólo cuando las circunstancias lo exijan (“Prospecto”, p. XIX). Lo mismo aseveran en 1858 los editores de *Revista del Pacífico* (“Prospecto”, p. VI).³⁰ Aunque sí se publicarán en sus páginas artículos relacionados con los últimos adelantos de la ciencia, ambos órganos de prensa dicen ser esencialmente “literarios”. En otros casos, se cree que la literatura puede desarrollarse sólo cuando no se tocan ni la religión ni la política (Rodríguez Peña 1859: 36).³¹ En la medida en que el país se va modernizando y la división del trabajo va produciendo nuevos actores en el campo de las letras, los anhelos de no incluir la política en las revistas son cada vez más directos: “Nos abstenemos completamente de tomar parte en discusiones políticas” (“Prospecto”, *La linterna* [1867], p. 2); “*El alba* no se ocupará de cuestiones religiosas ni de cuestiones políticas. Sólo ofrece a sus lectores unas cuantas páginas de lectura amena” (“Prospecto” [1871], pp. 2-3); “no nos mezclaremos de ningún modo ni en política, ni en religión” (“Nuestros propósitos”, *La esperanza* [1871], p. 1); “*La Revista chilena* [1875] aspira a servir de órgano al movimiento literario de nuestro país [...] no tendrá crónica política” (pp. V, VI);³² “Siendo el carácter de nuestro periódico esencialmente literario, la religión y la

³⁰ *Revista del Pacífico* se presenta nada menos que como “un reposo del espíritu ajitado por las envenenadas cuestiones de la actualidad” (“Prospecto”, p. VI).

³¹ “Desterradas del campo de nuestras discusiones y trabajos, la política de la situación y las cuestiones religiosas, nada hay que destruya la armonía y franca comunicación del pensamiento en el cultivo de la literatura a que nos entregamos de tan buena gana” (Rodríguez Peña 1859: 36).

³² En contraste con la mayor parte de las revistas de la época, ésta carece de un “prospecto”. De hecho, a las páginas V-VII que podrían considerarse como el prospecto de la revista, les falta un título. Por esta razón, en la sección “obras citadas” de este estudio la cita de arriba aparecerá bajo el rótulo “*Revista chilena*”.

política serán en lo absoluto, cuestiones ajenas a él” (“Prospecto”, *La estrella del progreso* [1876], p. 2). Y así sucesivamente.³³

Resulta interesante, a su vez, que si por un lado no se quería que los debates y controversias políticas se inmiscuyeran en el ámbito de lo literario, por el otro se buscaba una literatura que fuera capaz de representar apropiadamente al país. Pero esto no se veía como un acto político; más bien se creía ingenuamente que las obras literarias estaban exentas de ideología y que la labor del escritor consistía en trasladar la realidad al texto tal cual, sin que hubiera una subjetividad mediatizadora: “La literatura es la expresión genuina de las necesidades del pueblo, el retrato, puede decirse, fotográfico del estado de civilización que ha logrado” (Nuñez 1860: 2); también “es el cuadro en que están consignadas las ideas y pasiones, los gustos y opiniones, la religión y las preocupaciones de toda una jeneración” (Lastarria 1842: 7). La función de la literatura, así, era “revelar”, servir de “espejo”, “reflejar” la esencia misma de la chilenidad. De ahí que Lastarria pida la originalidad de la literatura chilena en su *Discurso* (1842: 14) aun cuando al mismo tiempo exhorte a los literatos de la época a aprender de los autores franceses (p. 13).³⁴ Los frecuentes llamados a la confección de una literatura auténticamente chilena,³⁵ durante las últimas seis décadas del siglo XIX, dan cuenta no solamente de la excesiva presencia de autores y obras extranjeras en la República de las Letras sino de la creencia que Chile no conformaba aún una identidad propia. Pero cómo representar al país si éste “no tiene uso ni costumbres propias” (“Al lector” 1846: 5).

La creencia de que Chile carecía de “costumbres propias” podría explicar, paradójicamente, no sólo el gran número de secciones costumbristas en las revistas sino también la fe que empezaba a

³³ Otros ejemplos pueden encontrarse también en *El crepúsculo* (1878), cuyos fundadores recalcan “rogamos a nuestros suscriptores nos favorezcan con sus composiciones, siempre que ellas sean exclusivamente literarias, y alejadas por tanto del terreno político y religioso” (“Prospecto”, p. iv). Consúltense asimismo *La revista literaria* (1878 [“Prospecto”, p. 3]), *El año literario* (1894 [“Crónica de diciembre”, p. 1]), *La América moderna* (1894 [“Introducción”, p. 6]) y *Revista literaria* (1895 [“Nuestros propósitos”, p. 2]).

³⁴ Pese a que en la segunda mitad del siglo XIX son frecuentes los llamados a la creación de una literatura propiamente chilena, no siempre se descarta la utilidad de la literatura europea. En su “Discurso” de 1852, por ejemplo, Amunátegui subraya la necesidad de imitar las obras de autores europeos en un ambiente literario que califica como atrasado y vacío. La imitación no es mala; por el contrario, contribuye a despertar la originalidad: “La imitación desenvuelve i anima los elementos de orijinalidad que toda sociedad organizada entraña en sí misma, i enjendra una literatura que se distingue por caracteres especiales de aquellas que han contribuido a su nacimiento” (p. 461).

³⁵ “La expresión auténtica de nuestra nacionalidad”, afirma Lastarria en su *Discurso* (1842 14).

depositarse en la naciente novela chilena para retratar dichas costumbres.³⁶ El costumbrismo mismo constituía a la vez un acto de resistencia frente a la europeización de las ciudades latinoamericanas (Burns 1983: 60), una suerte de defensa de la ciudad real (aunque paradójicamente de parte de ciertos miembros de la ciudad ideal) ante los embates de una modernización cada vez más intensa, especialmente en el caso chileno. Incluso dos décadas antes de que Alberto Blest Gana destacara las ventajas de la novela frente a la poesía y la utilidad de la novela de costumbres en particular (1861: 81-93), existía ya la idea de que la literatura, precisamente mediante un género que recién empezaba a cultivarse en Chile, debía representar la realidad. En un curioso texto de 1842 que se publica en *El semanario de Santiago* (“Las novelas en el día”) cuyo formato viene a ser una mezcla de cuento e historia, se habla de la gran importancia que empieza a cobrar la novela en la sociedad moderna, de cómo la novela, “la necesidad y la pasión del momento”, venía a ofrecer un sustituto más seguro y hasta más emocionante de la realidad: “Las novelas le proporcionan [a la sociedad] sin peligro en la apacible estancia de la fábula las emociones que teme en el terreno abrasador de la realidad”. No obstante se advierte que debido a que la mayor parte de los “noveladores” tiende a exagerar los aspectos más negativos de la sociedad a fin de que sus “*novelas-folletín*” sean más “novelescas”, la novela de costumbres debiera ser “la verdadera novela” (p. 187). Joaquín Blest Gana, por su parte, a pesar de que reconoce que la novela “es un hábil naturalista que estudia, analiza i descompone hasta las más ocultas fibras del cuerpo social”, condena la “exageración” con la cual los novelistas contemporáneos en general retratan la realidad (“Tendencia” 1848: 246, 248). De ahí que llegue a pensar, si bien incurriendo acaso en el error opuesto, que lo mismo que a la poesía a la novela le tocaba “consignar en sus pájinas cuanto de más bello i grande encuentre en los anales patrios” (“Causas” 1848: 63). Otro crítico temprano de las letras chilenas, J. Arteaga Alemarte, se queja en 1859 de que en Chile sólo se lean novelas extranjeras y de que se crea que en una sociedad monótona y “conventual” como la de Santiago no puedan escribirse novelas, destacando

³⁶ Según Benedict Anderson, al igual que el periódico, la novela también contribuyó con los medios técnicos necesarios para representar el tipo de comunidad imaginada que era la nación (1983: 25). Doris Sommer, por su parte, matiza que en el caso chileno la novela se encargaría de retratar la sociedad chilena tal cual era y no como debía ser precisamente porque Chile, merced a su estabilidad y prosperidad, contaba ya con una fisonomía propia. Sobre el potencial de la novela para los intelectuales liberales de la época, véase Subercaseaux (1981: 160-161, 169).

que las cuatro novelas que acaba de sacar a la luz Alberto Blest Gana, “la mejor y más espléndida defensa que hacerse puede de la novela nacional” (1859: 209), constituyen sin duda una prueba de lo contrario.³⁷ El mismo Blest Gana, consciente de que en Chile existe ya una pasión por la lectura de novelas, llega a la conclusión de que “la muchedumbre de novelas europeas puestas a tan bajo precio por la industria moderna” no debiera sino incentivar a los escritores chilenos a escribir sus propias novelas (“Literatura chilena” 1861: 88-89). Eso sí, por muy útil que sea a su juicio la novela de costumbres, por mucho que influya ésta en el “mejoramiento social” del país, por muy “esencialmente nacional” que sea, en ningún momento debe el novelista “atropellar el buen gusto” (pp. 90-91).

Al discurso sobre la literatura en el campo literario chileno en constitución van siempre asociados el “buen gusto” y el “gusto”, último tema de este estudio. No es nueva la idea de que el gusto es algo que se construye, que se trabaja y que se elabora a cada instante, ya hace años que Pierre Bourdieu la desarrolló brillantemente en su clásico *La distinction*. Una de las funciones clave de la literatura del siglo XIX, por supuesto, era no sólo construir la nación sino también el ciudadano. Por esta razón varios críticos juzgaban de capital importancia para la elaboración de un espíritu cívico apropiado a una nación “moderna,” la lectura de textos literarios que se adhirieran a las reglas del “buen gusto” y las que no contravinieran la moralidad imperante. Si bien en ningún momento se define claramente “buen gusto”, el enlace entre éste y las letras es inevitable. En un artículo sobre la instrucción pública en Chile, donde se afirma que “la instrucción cojejal ha de tener por objeto formar buenos ciudadanos”, no sólo se alude a la formación del “gusto” como uno de los ingredientes más significativos en la educación de una persona, sino que además se asevera que el estudio de la literatura y los idiomas antiguos resulta imprescindible para su desarrollo (“Memoria” 1842: 211). Así también el teatro, el cual merecía “una protección especial”: “La decadencia de los teatros envuelve la decadencia de la cultura i del refinamiento sociales. Es preciso formar el buen gusto, como se forman los hábitos i las buenas costumbres” (“El teatro lírico de Santiago” 1849: 106). Existía cierto sentimiento de inferioridad entre los patricios modernizadores que hacía que se sintiesen social y culturalmente atrasados no sólo en relación con lo que habían visto en Europa sino respecto de las múltiples producciones culturales

³⁷ De todas formas, todavía en 1895 había quienes pensaban que, salvo Alberto Blest Gana, los chilenos no conocían a otros novelistas nacionales (De Servadae 1895: 60-65).

que llegaban continuamente del viejo continente; ello explica la urgencia con que en Chile se convoca a la creación del buen gusto: “Creemos muy importante todo lo que contribuya a formar el buen gusto y a fomentar la afición a los buenos trabajos de arte” (Lillo 1853: 159); “Es preciso que el gusto se forme de algún modo entre nosotros, que asistimos al tímido nacimiento del arte en nuestro suelo” (“Una visita” 1858: 430); “difundir el buen gusto en las letras” era una de las metas principales de *El mosaico* (Núñez 1860: 1). Pero así como había que alentar y confeccionar el buen gusto, también había que estimular el gusto por la literatura; aquél no podía desarrollarse sin que primero existiera éste. Al respecto cabe recordar que en Chile, fuera de ser muy pocos quienes cuentan con el capital necesario para suscribirse a los periódicos de la época, es mínimo el número de personas que sabe leer, de ahí las múltiples quejas de parte de los editores de éstos contra un público que no los apoya y tampoco se interesa por el estudio ni la lectura.³⁸ De ahí, asimismo, que se insista sobre la urgencia de cultivar el gusto por la literatura. Los fundadores de *Revista americana* (1869), por ejemplo, sostienen que no los mueve sino “el más íntimo y desinteresado deseo de difundir el gusto por las bellas letras” (“Nuestras ideas”, p. 2). Los de *El alba* (1871), uno de los primeros órganos estrictamente literarios, buscan desentenderse de “las pasiones políticas” para dedicarse única y exclusivamente a “propagar el gusto por la literatura” (“Prospecto”, p. 2). Paulatinamente, como puede apreciarse, la literatura comenzaba a autonomizarse de los demás saberes; nacía la estética y se pasaba de la pasión por la política a la política de la pasión y la sensibilidad.

No hay que olvidar, en cualquier caso, que, como ha podido verse en este artículo, en el desarrollo de la institución literaria chilena la función utilitaria y la función estética de la literatura van siempre de la mano. Es innegable que durante el siglo XIX la literatura constituía el vehículo de formación y entretenimiento más importante de la minoría educada. Para los patricios modernizadores que sí podían suscribirse a revistas y que anhelaban convertir a los habitantes chilenos en ciudadanos responsables y civilizados por todos los medios posibles, la literatura era sobre todo sinónimo de conocimiento y aprendizaje. Pero también es cierto que con el pasar del tiempo, en la medida en que iba surgiendo tímidamente una clase burguesa en Chile, este concepto “civil” de la

³⁸ Sobre el analfabetismo y la educación en Chile en el siglo XIX, consúltense los estudios de Subercaseaux, en especial *Historia del libro en Chile*. Sobre la lectura en general y la novela en particular, los artículos de Juan Poblete.

literatura empieza a competir con una visión de la literatura como “ocio”, “pasatiempo” y “oficio”. En efecto, a pesar de que la esfera literaria chilena no se consolida sino hasta principios del siglo pasado, desde el momento mismo en que se plantea la existencia de la literatura nacional en 1842, hay intentos de separar lo literario de otras formaciones discursivas. Al examinar los títulos de los periódicos literarios de la época, por ejemplo, nos damos cuenta que términos tales como “ciencias”, “costumbres” y “política” van desapareciendo gradualmente. Asimismo, se busca excluir los temas políticos del campo literario a la vez que se juzga que la literatura es probablemente la más apropiada de las bellas artes para retratar fielmente la patria. En los intersticios mismos de esta paradoja, la novela de costumbres va a responsabilizarse justamente de delinear los hábitos, las costumbres y las formas de vida de una nación todavía borrosa. Junto con el teatro y los periódicos literarios, la novela será también la encargada de formar el “buen gusto”, otra de las metas clave de la literatura en un momento en que la institución literaria chilena no se autonomizaba aún.

BIBLIOGRAFÍA

- “Algo sobre el teatro”, *Revista de Sud-América*, 2 (25 de noviembre de 1860), pp. 123-127.
- Alonso, Carlos J., 1998, *The burden of modernity: the rhetoric of cultural discourse in Spanish America*, Nueva York, Oxford University Press.
- “Al lector”, *El mosaico*, 8 (2 de agosto de 1846), p. 5.
- Amunátegui, Miguel Luis, 1852, “Discurso de recepción de don Miguel Luis Amunátegui pronunciado en la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile”, *Anales de la Universidad de Chile*, Santiago, Imprenta chilena, pp. 457-466.
- , 1849, “Leyendas y obras dramáticas de don Salvador Sanfuentes *El bandido*”, *Revista de Santiago*, tomo III, pp. 314-322.
- Anderson, Benedict, 1983, *Imagined communities: reflections on the origins and spread of nationalism*, revised edition, Londres, Verso.
- Anderson, Danny J., 1996, “Creating cultural prestige: editorial Joaquín Mortiz”, *Latin American research review*, 2, pp. 3-41.
- Arteaga Alemparte, J., “Cuatro novelas de Alberto Blest Gana”, *La semana*, 14 (20 de agosto de 1859), pp. 209-211.
- Avelar, Idelber, 1999, *The untimely present: postdictatorial Latin American fiction and the task of mourning*, Durham, Duke University Press.
- Barros Arana, Diego, 1853, “Literatura”, *El museo*, 15, tomo I, pp. 227-232.
- Bisama, Álvaro, “Bolaño punk”, DE: <<http://guia.tercera.cl>>, 11/19/02, p. 1.

- Blanco Cuartín, Manuel. "Estudios sobre el periodismo y la literatura nacional", *El mosaico*, 1 (21 de julio de 1860), pp. 2-9.
- Blest Gana, Alberto, 1861, "Literatura chilena: algunas consideraciones sobre ella", *Anales de la Universidad de Chile*, tomo XVIII, Santiago, Imprenta del Ferrocarril, pp. 81-93.
- , 1859, "De los trabajos literarios en Chile", *La semana*, 4, pp. 51-52.
- Blest Gana, Joaquín, 1848, "Causas de la poca orijinalidad de la literatura chilena", *Revista de Santiago*, 2.1, pp. 58-72.
- , 1848, "Consideraciones jenerales sobre la poesia chilena", *Revista de Santiago*, 2.1, pp. 337-353.
- , 1848, "Tendencia del Romance contemporáneo y estado de esta composición en Chile", *Revista de Santiago*, 1.1, pp. 240-250.
- Brunner, José Joaquín, y Gonzalo Catalán, 1985, *Cinco estudios sobre cultura y sociedad*, Santiago, FLACSO.
- Bums, E. Bradford, 1983, *The poverty of progress: Latin America in the nineteenth century*, Berkeley, University of California Press.
- Butler, Christopher, 1973, "What is a literary work?", *New literary history*, 1, pp. 17-29.
- Castro-Klarén, Sara, 2002, "'Writing with his thumb in the air', coloniality, past and present", en Álvaro Félix Bolaños y Gustavo Verdesio, eds., *Colonialism past and present: reading and writing about colonial Latin America today*, Albania, Nueva York.
- "Crónica de diciembre", *El año literario*, 1 (enero de 1894), pp. 1-3.
- De Servadae, H., "Mosaico", *Revista literaria*, 2 (septiembre de 1895), pp. 60-65.
- Eagleton, Terry, 1984, *The function of criticism*, Londres, Verso.
- "El periodismo político y literario", en *La juventud*, 5 (23 de mayo de 1867), pp. 33-34. *Ibid.*, 6 (30 de mayo de 1867), pp. 42-44.
- "El teatro considerado como especulación mercantil", *El mosaico*, 9 (9 de agosto de 1846), pp. 5-7.
- "El teatro lírico de Santiago", 1849, *Revista de Santiago*, tomo III, pp. 105-110.
- Foresti, Carlos, Eva Löfquist y Álvaro Foresti, 1999, *La narrativa chilena desde la Independencia hasta la Guerra del Pacífico*, tomo 1, Santiago, Andrés Bello.
- , 1896, *La narrativa chilena desde la Independencia hasta la Guerra del Pacífico: costumbres e historia*, tomo 2, Santiago, Andrés Bello, 2001.
- Figuroa, Pedro Pablo, 1896, *La librería en Chile*, Paris, Librería de Garnier hermanos.
- García Reyes, Antonio, 1853, "Discurso pronunciado por don Antonio García Reyes al incorporarse a la Facultad de Leyes de la Universidad, en elogio de su predecesor don Francisco Bello", Santiago, Imprenta de Julio Belini y Cia., en *Impresos chilenos sobre jurisprudencia* (Mayorazgos, 1827, p. 63), núm. 22 de la Biblioteca Nacional.
- Haberman, Jürgen, 1991, *The structural transformation of the public sphere*, trad. Thomas Burger, Cambridge, The MIT Press.

- ¿Hay patria que defender?· identidad nacional frente a la globalización*, Santiago, Centro de Estudios para el Desarrollo, 2000.
- Herrero-Olaizola, Alejandro, 2000, "Consuming aesthetics, Seix Barral and José Donoso in the field of Latin American literary production", *MILN*, 2, pp. 323-339.
- , 2001. "Historias de papel: Latinoamérica en la memoria editorial", *Salina: Revista de Letras* (noviembre 15), pp. 221-228.
- "Introducción", *La América moderna*, 1 (1894), pp. 5-6.
- Jocelyn-Holt Letelier, Alfredo, 1986, "La idea de nación en el pensamiento liberal chileno del siglo XIX", *Opciones. Revista del Centro de Estudios de la Realidad Contemporánea de la Academia de Humanismo Cristiano*, 9, pp. 67-88.
- Jusdanis, Gregory, 1991, *Belated modernity and aesthetic culture: inventing national literature*, Minneapolis, University of Minnesota Press.
- Kernan, Alvin B., 1973, "The idea of literature", *New literary history*, 1, pp. 31-40.
- Kozak Rovero, Gisela, 2001, "¿A dónde va la literatura?: la escritura, la lectura y la crítica entre la galaxia Gutenberg y la galaxia electrónica", *Revista iberoamericana*, 197, pp. 687-707.
- Lagarrigue, Juan Enrique, 1877, "El deber de la literatura en nuestra época", *Revista chilena*, tomo VIII, pp. 301-309.
- "La generación McOndo se afianza como nuevo referente literario", DE: <www.latercera.cl>. Sábado 15 de febrero de 2003, pp. 1-2.
- "Las novelas del día", *El semanario de Santiago*, 23 (8 de diciembre de 1842), pp. 186-187.
- Lastarria, D. J. Victorino, 1842, *Discurso de incorporación de D. J. Victorino Lastarria a una sociedad de literatura de Santiago, en la sesión del tres de mayo de 1842*, Valparaíso, Imprenta de M. Rivadeneyra, pp. 1-15.
- Lillo, Eusebio, 1853, "Bellas Artes", *El museo*, 10, tomo I, pp. 158-159.
- "Literatura nacional", *El mosaico*, 2 (21 de julio de 1846), pp. 1-3.
- "Literatura: primer artículo", *El semanario de Santiago*, 1 (14 de julio de 1842), pp. 4-5.
- Masiello, Francine, 2001, *The art of transition: Latin American culture and neoliberal crisis*, Durham, Duke University Press.
- "Memoria sobre el modo más conveniente de reformar la instrucción pública en Chile", *El semanario de Santiago*, 26 (29-xii-1842), pp. 209-212.
- Morán, E. Mercasseau, 1873, "Utilidad de los periódicos literarios", *Revista de Valparaíso*, 1, pp. 22-23.
- "Nuestras ideas y nuestros propósitos", *Revista americana*, 1 (29-viii-1869), pp. 2-3.
- "Nuestras revistas", *Biblioteca republicana*, 1, tomo I (1894), pp. 1-3.
- "Nuestros propósitos", *La esperanza*, 1 (15-ix-1871), pp. 1-2.
- "Nuestros propósitos", *Revista literaria*, 1 (8-i-1895), pp. 1-2.
- Núñez, Jacinto, "Prospecto", *El mosaico*, 1 (21-vii-1860), pp. 1-2.

- Olalquiaga, Celeste, 2001, "Vigencia y caducidad del libro: reflexiones de una lectora errática", *Revista iberoamericana*, 197, pp. 661-670.
- Orrego Luco, Luis, 1889, "A propósito de 'las pláticas literarias' de don Pedro N. Cruz, el naturalismo y la novela contemporánea", *Revista de bellas artes*, 2, pp. 33-40.
- Ossandón B., Carlos, 1998, *El crepúsculo de los sabios y la irrupción de los publicistas: prensa y espacio público en Chile (siglo XIX)*, Santiago, LOM.
- Pastén B., José Agustín, "Avatares del proceso de la institucionalización de la literatura en Chile en las revistas literarias del siglo XIX", *Revista iberoamericana*, 204 (julio-septiembre de 2003), pp. 667-688.
- Pinto, Francisco A., 1878, "Consecuencias del indiferentismo literario", *La revista literaria*, 1.1, pp. 23-25.
- Poblete, Juan, 1997, "La construcción social de la lectura y la novela nacional: el caso chileno", *Latin American research review*, 2, pp. 75-108.
- — —, 2000, "Lectura de la sociabilidad y sociabilidad de la lectura: la novela y las costumbres nacionales en el siglo XIX", *Revista de crítica literaria latinoamericana*, 52, pp. 11-34.
- "Política", *El semanario de Santiago*, 24 (15-XII-1842), pp. 193-195.
- Promis Ojeda, José, 1995, *Testimonios y documentos de la literatura chilena*, edición corregida y aumentada, Santiago, Andrés Bello.
- "Prospecto", *El alba*, 1 (7-V-1871), pp. 2-3.
- "Prospecto", *El semanario de Santiago*, 1 (14-VII-1842), pp. 1-2.
- "Prospecto", *El crepúsculo*, 1 (1-VI-1843), pp. 1-3.
- "Prospecto", *El crepúsculo*, 1, tomo I (1878), pp. iii-v.
- "Prospecto", *El mosaico*, 1 (1846), pp. 1-2.
- "Prospecto", *El museo*, 1, tomo I (1853), 1.
- "Prospecto", *La linterna*, 1 (25-VIII-1867), pp. 1-2.
- "Prospecto", *La estrella del progreso*, 1 (1-IX-1876), pp. 1-2.
- "Prospecto", *La revista literaria*, tomo I (1878), pp. 3-4.
- "Prospecto", *Revista de Santiago*, 1.1 (1848), pp. 6-8.
- "Prospecto", *Revista del Pacífico*, tomo I (1858), pp. v-vi.
- Rama, Ángel, 1982, "El boom en perspectiva", en *La crítica de la cultura en América Latina*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1985, pp. 266-306.
- — —, 1984, *La ciudad letrada*, Hanover NH, Ediciones del Norte.
- Ramos, Julio, 1989, *Desencuentros de la modernidad en América Latina: literatura y política en el siglo XIX*, México, FCE.
- Reiss, Timothy J., 1992, *The meaning of literature*, Ithaca, Cornell University Press.
- "Revista chilena", *Revista chilena*, tomo I (1875), pp. v-vii.
- Revista iberoamericana*, "Mercado, editoriales y difusión de discursos culturales en América Latina", María Julia Daroqui y Eleonora Cróquer, coords., 197 (oct.-dic. del 2001).
- Rodríguez Peña, D. Demetrio, "De la literatura chilena: su nacionalidad, su carácter y su influencia en el progreso y felicidad del país. O sea de la literatura

- chilena, considerada en sus fuentes, y en el carácter que debe revestir para llenar las condiciones de su nacionalidad e influir en el progreso y felicidad del país”, *La semana*, 24, tomo I (29-x-1859), pp. 371-377.
- , “De la literatura chilena: su nacionalidad”, *La semana*, 28, tomo III (26-xi-1859), pp. 33-36.
- Roig, Arturo Andrés, 1986, “El siglo XIX latinoamericano y las nuevas formas discursivas”, en *El pensamiento latinoamericano en el siglo XIX*, México, IIGH, pp. 127-140.
- Rossel, Milton, 1942, “Un crítico de nuestro amanecer literario: Joaquín Blest Gana”, *Atenea*, 203, pp. 202-213.
- Salazar V., Gabriel, 1985, *Labradores, peones y proletarios: formación y crisis de la sociedad popular chilena del siglo XIX*, Santiago, Sur.
- Sanfurgo, “El alba”, *El alba*, 5 (4-vi-1871), pp. 33-34.
- Silva Castro, Raúl, 1937, *Antología de poetas chilenos del siglo XIX*, Santiago, Imprenta Dirección General de Prisiones.
- Solar Correa, Eduardo, 1932, *Escritores de Chile siglo XIX*, Santiago, Imprenta Universitaria.
- Subercaseaux S., Bernardo, 1981, *Cultura y sociedad liberal en el siglo XIX*, Santiago, Aconcagua.
- , 1988, *Fin de siglo: la época de Balmaceda*, Santiago, Aconcagua.
- , 1993, *Historia del libro en Chile (alma y cuerpo)*, Santiago, Andrés Bello.
- Todorov, Tzvetan, 1973, “The notion of literature”, *New literary history*, I, pp. 5-16.
- “Una indicación al sr. Ministro de instrucción pública”, *El semanario de Santiago*, 6 (18-viii-1842), p.44.
- “Una visita a la exposición de pinturas de 1858”, *Revista del Pacífico*, tomo I (1858), pp.430-431.
- Vicuña Mackenna, Benjamín, 1883, “El ideal de un editor de revistas (lo que puede y debe hacerse para dar vida propia y holgada a la literatura nacional)”, *La lectura*, I. I., pp. 1-3.
- Villalobos R., Sergio, Osvaldo Silva G., Fernando Silva V. y Patricio Estelle M., 1974, *Historia de Chile*, Santiago, Editorial Universitaria.
- Williams, Raymond, 1977, *Marxism and literature*, Oxford, Oxford University Press.
- , 1983, *Keywords: a vocabulary of culture and society*, Nueva York, Oxford University Press.
- Yúdice, George, 2001, “La reconfiguración de políticas culturales y mercados culturales en los noventa y siglo XXI en América Latina”, *Revista iberoamericana*, 197, pp.639-59.